

#### 4. Con Jesús en el paraíso

Cuando visité la iglesia de Chau Son Nord, pensaba que todo quedaba ya expresado en las dos frases que figuraban en la puerta y luego en el altar: “*VOLO TECUM*” y “*ECCE VOBISCUM SUM OMNIBUS DIEBUS*”. Sin embargo, cuando pasé por detrás del altar, descubrí una tercera inscripción tallada en una piedra que se encuentra prácticamente en el interior del altar, como si expresara el secreto más profundo que estamos llamados a descubrir al venir al monasterio para estar con Jesús. La frase es: “*ESSE COM IESU PARADISUS* – Estar con Jesús es el Paraíso”.

Esta palabra expresa la conciencia de fe de que la comunión con Cristo es la plenitud de la vida humana, de la vida humana redimida. Esta frase evoca el diálogo de Jesús crucificado con el buen ladrón: “«Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”. Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso.” (Lc 23,42-43)

Quien se encuentra con Jesús desde lo más profundo de su deseo de estar con Él, atraído por su presencia totalmente entregada a la comunión con nosotros, es como un Adán que recupera el paraíso perdido. Ya no solo el paraíso terrenal, sino el del reino de Dios, en el que vivir eternamente con el Resucitado. El paraíso ya no es un lugar en el que estar con Dios: el paraíso es la comunión misma con Dios en Cristo.

Para alcanzar esta plenitud, cada uno de nosotros está llamado a seguir a Cristo en su vocación. Y es una plenitud que, precisamente porque Jesús ya está con nosotros cada día hasta el fin del mundo, podemos experimentar ya en esta vida, cada día, en cada instante de nuestra existencia. Jesús no le dice al buen ladrón “dentro de tres días estarás conmigo en el paraíso”, sino “*hoy estarás conmigo en el paraíso*”. No tenemos que esperar a la muerte para entrar en el paraíso, porque la comunión con Jesús se nos ofrece ahora, y es ella misma nuestro paraíso. El ladrón crucificado ya estaba con Jesús. Para él, el paraíso comenzaba en ese mismo momento.

¡Cuántas personas que sufren con fe, unidas a Jesús, por ejemplo en la enfermedad, dan testimonio de una plenitud de alegría increíble! Viven la experiencia del buen ladrón, el primero en regocijarse por la salvación en Cristo, al vivir los últimos momentos de su vida con una alegría mayor que el dolor. Quizá solo el corazón de María Santísima haya podido percibir con él esta alegría en medio del dolor, porque ella experimentó, desde su inmaculada concepción, la gracia concedida al buen ladrón en el momento de la muerte: la gracia de vivir la vida humana en plena comunión con Dios. María sufre atrozmente, pero la razón de este sufrimiento —el amor que la une a su Hijo— es también la razón de su inmensa alegría.

Cuando vivimos en comunión con Cristo, nuestra propia vida se convierte en un paraíso y se nos concede transformar en paraíso cada lugar y entorno al que llevamos esta comunión con Él.

Este es también el signo que toda comunidad cristiana está llamada a encarnar en el mundo: es decir, ser un lugar humano que se convierte en paraíso porque se acude a él para estar con Jesús. Todo en la vida monástica nos es dado y ofrecido para vivir con Cristo en la oración, en el trabajo, en el silencio, en todas las situaciones y etapas de la vida humana. El monasterio es el espacio en el que estamos llamados a comprobar que la comunión con Cristo transforma en paraíso cada circunstancia y

condición de la vida, no porque nos convirtamos en ángeles o porque desaparezcan las fatigas y las dificultades, sino porque nos ayudamos y nos educamos mutuamente para vivir siempre y todo con Jesús.

Pero, ¿qué es el paraíso para nosotros? La frase “Estar con Jesús es el paraíso” nos ayuda a comprender que, más que un lugar, el paraíso es una relación. Todo ser humano lleva en el corazón el deseo de ser amado y de amar, el deseo de vivir relaciones de amistad. El recién nacido empieza a tomar conciencia de sí mismo encontrando su alegría y satisfacción en la relación con su madre. Al crecer, la necesidad de realizarse en la amistad se extiende a otras personas, volviéndose incluso más acuciante, porque cada uno de nosotros siente la dificultad de permanecer en comunión con los demás que el pecado original ha introducido en la experiencia humana.

Al abandonar el paraíso terrenal, Adán y Eva descubren lo difícil que resulta la relación con Dios y también entre ellos, una dificultad que, ya con sus primeros hijos, Caín y Abel, se vuelve trágica, hasta el punto de que uno mata al otro. El hombre, creado para la relación de amor con Dios y con sus hermanos, llega a negar su propia naturaleza al matar a su hermano y, por tanto, a eliminar la posibilidad de estar con él. Caín, al matar a su hermano, se mata a sí mismo, al sentido y a la belleza de su vida. Pero Dios, aunque condena su crimen, le pone una marca en la frente, sin duda una cruz, para que quien lo encuentre no lo mate, es decir, para que no caiga en la misma lógica inhumana de vivir las relaciones como si no fueran un bien que hay que custodiar y cultivar (cf. Génesis 4,15). En el paraíso terrenal, Adán y Eva cultivaban las plantas y las flores para disfrutar de sus frutos. Ahora bien, es como si Dios llamara la atención de la humanidad para que considere las relaciones humanas como el verdadero jardín que hay que cultivar para vivir con alegría y dar fruto.

Jesús lo dirá explícitamente en los discursos de la Última Cena. En el capítulo 15 de San Juan, habla de sí mismo como de la vid verdadera en la que obra el Padre, y los sarmientos de esta vid somos nosotros, los discípulos de Cristo. La planta de la vid no suele estar aislada. Quizá debamos pensar que Jesús se refiere a sí mismo como a un viñedo, es decir, a un jardín en el que el Padre cultiva la vid. En cualquier caso, Jesús dice a los discípulos que el fruto de su viña no es tanto la uva o el vino, sino el amor fraterno. De hecho, retoma el verbo “permanecer”, que antes aplicaba a la unión de los sarmientos con la vid, y lo aplica ahora a la obediencia a su amor, amándonos unos a otros como Él nos ama.

“No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros” (Jn 15,16-17).

He aquí, este es el jardín, el huerto, la viña; este es el “paraíso” que para nosotros coincide con la comunión con Cristo. Estar con Jesús no es solo el paraíso de la plenitud definitiva de la comunión con Él, sino también el jardín en el que estamos llamados a cultivar el amor fraterno.